

“COGOLLUDO. UN SECRETO CERCANO”

Crónica de la excursión gastronómico-cultural a Cogolludo y Beleña de Sorbe

La verdad es que tan solo con poner un pie fuera de casa empezamos a aprender. Lo pudimos constatar ese jueves 7 de marzo cuando un grupo de 31 seniors valientes, animados por nuestro compañero Pedro Rivera, decidimos encaminarnos hacia la desconocida y no muy lejana villa de Cogolludo en Guadalajara. El embarque fue puntual como suele suceder con los ICAIs y el día frío, sin lluvia hasta las 16.30 de la tarde.

La primera sorpresa al llegar a Cogolludo fue encontrarnos en la bella plaza mayor frente al increíble palacio de los Duques de Medinaceli, el primero renacentista de España con muchas y bellas concesiones mudéjares y medievales que data de 1493. Un producto del renacimiento temprano de la fusión que somos, tal como lo explicaba nuestra simpática guía Sandra.

Parece que el primer Duque residía y gobernaba desde aquí su pequeño imperio. Un imperio que llegaba desde las tierras de Madrid y Guadalajara hasta nada menos que el Puerto de Santa María, que ya en aquella era un ir y venir de barcos con navegantes de todas las nacionalidades del mediterráneo. El impero ducal debió de ser grande a la vista del hermoso palacio, sus patios, arcadas y dependencias.



Sandra nos leyó un curioso documento firmado en Cogolludo en 1493, donde el Duque se dirigía al cardenal Mendoza, su tío, y le decía que como tuvo a Colón dos años en su casa y quería financiar con sus recursos la empresa del descubrimiento, “pero que la Reina le pisó el proyecto”, solicitaba que le dejaran mandar unas carabelas de las que tenía...para el negocio. Esta carta prueba la relación tan estrecha entre el Duque y el señor Cristóbal el navegante, y está fechada en Cogolludo el 19 de marzo de 1493, con el Almirante recién regresado. Está bien guardada en el archivo de Simancas.

Y todavía había más: parece que Colon podía ser de esta zona, emparentado con los Mendoza en categoría de bastardo. Investigadores de la Universidad de Granada, que ya estuvieron por Galicia, anduvieron por aquí también y hay un libro titulado **“Cristóbal Colón. Una Historia por Completar”** que avala esta candidatura.

Subimos a la iglesia de Santa María de Los Remedios, gótica flamígera muy cuidada con un cuadro de Ribera de valor incalculable llamado “El Capón del Palacio”, robado y recuperado. Este cuadro vino de la familia a través de Nápoles, donde un pariente era Virrey, yendo a parar a las paredes del hermoso palacio. Tras regalarlo a la parroquia, los Duques pidieron a cambio un capón, que los parroquianos regalaban al Duque como obsequio de Navidad.

La luz es el tema prioritario e ilumina la figura de Jesús y se incluye en el lienzo la más pura técnica del tenebrismo de Ribera, que representa los momentos previos a la crucifixión de Cristo, viéndose a Jesús despojado de sus vestiduras. Todo nos trae el recuerdo de los cuadros de Caravaggio.



El gran cuadro ha tenido muchos percances, por eso no es de extrañar que los parroquianos lo tengan detrás de unas rejas que ya las quisiera para sí una prisión de máxima seguridad. Y es que, por ejemplo, en la guerra civil, un oficial del ejército republicano envió el lienzo a Guadalajara, permaneciendo en la capital alcarreña hasta que acabó la contienda bélica y así se salvó de la saña de nuestros pirómanos autóctonos, que purificaron por el fuego los retablos, imágenes y todo lo demás. Y eso que ya se había promulgado la ley del patrimonio, para evitar que las obras se fueran fuera. Si hay que quemarlas, para eso estamos nosotros.

Tras la guerra se devolvió a Cogolludo, pero hubo que llevarlo al Museo del Prado para su restauración en 1948 y al año siguiente volvió a Cogolludo. En 1955 se colocó en la nave del evangelio, hasta que en la madrugada del 18 de octubre de 1986 unos ladrones entraron en la iglesia rompiendo la puerta del oeste, lo enrollaron y se dieron a la fuga por la llamada Cuesta de los Moros. ¡Más tarde recuperado en Bilbao y retornado de nuevo!

Seguimos subiendo las ruinas del castillo donde parece se atrincheró con sus huestes El Empecinado, y, bombazo va y bombazo viene, de los franceses solo quedaron montones de ruinas que esperan en silencio la llegada de los excavadores. Ahí quedaron sepultados los restos de la alcazaba y el castillo para mayor gloria de Napoleón.



La vista desde ese alto, con el pueblo abajo, al norte las sierras del Río Negro y al sur los cañones del Henares, conforman un paisaje tan hermosamente sugestivo como desolado.

Nos insistió Sandra que en este pueblo siempre andaban en fiestas, a todas horas y en todo tiempo: la fiesta de Santa Águeda, la de los pechos, la de las mujeres que creo que coinciden con la Santa, la de la Asunción, la de los Remedios, la de San Diego de Alcalá con roscas incluidas, y ¡qué se yo!

La bajada ya fue “triumfal”, el cabrito no podía esperar. No nos defraudó, estaba maravilloso y abundante, vamos, para recordar. Una comida caliente en una compañía fenomenal.



Tras el cabrito el sol nos dejó, aunque todavía nos esperaba una visita a la iglesia románica de Beleña, pequeña pedanía de Cogolludo con unos 14 habitantes, entre ellos Sandra nuestra guía. Según nos dijo, le encanta ver amanecer y los corzos saltando por las laderas de los alrededores. Y es verdad, porque los vimos, no uno sino muchos, con las crines grises y traseros blancos como conejos, y jura el cronista que liebres no

eran.

Parece que por la zona de la iglesia pasaban los caminos de la mesta castellana. Esto habría que investigarlo, pues nos daría la razón de por qué está aquí este templo y el hermoso puente romano, o no romano, que nos enseñaron abajo en el cañón del río.



Creo que se llamaba “Pepita” la señora en los ochenta que nos iba a explicar el calendario agrícola precioso, que está en las arquivoltas de la entrada sur del templo, pero al final le dio algo de miedo escénico y no se prodigó mucho.



Cada mes tenía su escultura y allí las fuimos descifrando todas: la siembra, la matanza, la cosecha, la trilla, y en enero un señor que se subía las faldas para enseñar sus inmundicias. Estos del románico andaban un poco “en desorden”.

Preciosa la arquería del atrio, pero el interior había sido reformado. Lo más bonito una bóveda gótica flamígera, una pila bautismal románica y una lápida en el suelo que estuvimos descifrando.

La lluvia y el frío hicieron su aparición y también algo de cansancio, así que encontramos el interior de nuestro bus tan confortable como un palacio. Éste nos acogió con los brazos abiertos para dormitar solo un rato camino de Madrid. Mientras, nos arrullaban las palabras de Pedro en el micro, a quien agradecemos de corazón ese día.

El Cronista Senior